

EL COMERCIO.

Año XXXIII.

Martes 23 de Marzo de 1875.

Núm. 11297

CADIZ 23 DE MARZO DE 1875.

Está plenamente confirmada la noticia del reconocimiento del rey D. Alfonso XII por el general Cabrera. El manifiesto en que este anuncia al país su resolución, es un documento importante que, aunque no íntegro ni bastante correcto, pues está traducido de un periódico francés en el cual se ha publicado, damos a conocer más abajo a nuestros lectores.

Hay en el manifiesto indicaciones graves sobre secretos que el general Cabrera se abstiene de revelar, por consideraciones que seguramente no han de ser apreciadas entre los desatentados consejeros de D. Carlos.

Además del importante documento á que nos referimos, traen los periódicos un artículo firmado por D. J. I. Caso, antiguo redactor de *La Esperanza*, en el cual se consiguen verdades muy amargas para el carlismo, pero verdades al fin, que espican y justifican cumplidamente el acto de patriotismo que acaba de llevar a efecto Cabrera.

Pregunta el señor Caso:

«Por qué es traidor el general Cabrera? Porque desde el principio ha reprobado esta guerra, que en su opinión solo podía servir para comprometer el prestigio de la causa entre escándalos y desastres? Porque ha creído que el príncipe debía ocuparse más de merecer la corona de España que de reñir por ella, en el concepto de que, como el dice, el corazón de los españoles no se conquista á cañonazos? Y porque el experto veterano, desgraciadamente acierto, y esta guerra, para la que se pide un nombre de Dios, resultó ser, como es, un carnaval sangriento, cuando el general se levanta como en actitud de decir, ahí tenéis cumplido mi pronóstico, no se ocurrirá nada más ingenioso que anticiparse á desprestigiarle llamándole traidor?»

Y mas adelante añade:

«Conspiración y traición! Contra qué? Aun sin tener los motivos personales que el general tenía para presagiar lo que está sucediendo, convengamos en que es hasta grotesco suponer que Dios, patria y rey son un personaje que se llama D. Carlos y que no se puede ser buen católico, ni buen español, ni monárquico, sin defender precisamente á ese personaje, de cuyo catolicismo puede dar razon alguna dignidad de la Iglesia, cuyo patriotismo se puede apreciar por lo que respeta la vida, la hacienda y la honra de los españoles, y de cuya dignidad y mesura como rey cristiano es buena prueba la facilidad con que se disculpa de insignes torpezas deshonorando á sus generales? Pues qué somos por ventura seides mercenarios de un magnate, ó defensores de principios santos? Y si alguien prescinde del jefe que ha desertado de esos principios, ¿á quién corresponde en justicia el dictado de traición?»

El partido tradicional de España, enteramente unánime, negó obediencia al infante D. Juan, padre de D. Carlos. ¿Y por qué? Porque el infante no tenía las ideas y principios de nuestra comunión. Pues lo que todo el partido, sin pasar por traidor, ha hecho con el padre, bien puede hacerlo el general Cabrera con el hijo, constandingole que el motivo es idéntico, salvo que D. Juan tenía siquiera el mérito de la franqueza.»

Es también de grandísima fuerza esta reflexion que hace el Sr. Caso:

«Cuando el general Cabrera, que como todo anciano recuerda con encanto las glorias de su juventud, glorias adquiridas con tantos esfuerzos de genio y tantos sufrimientos, aparta de su memoria esos recuerdos; cuando lastimado por la mayor infamia que se puede cometer con un hijo, ahoga sus resentimientos; cuando poderoso y feliz en me-

dio de sus males, libre de toda sospecha de ambicion y enemigo de vanidades hasta el punto de no haber usado condecoracion ninguna, considera que debe agrostar la calumnia de aquellos mismos que en Londres probaron su liberalidad; cuando, católico de corazón y poseído de la sola idea de dar cuenta á Dios en el día que considera próximo de legar á la tierra, su cuerpo acribillado con mas de cuarenta heridas recibidas en defensa de Carlos V. y Carlos VI, se cree obligado en conciencia a prescindir de Carlos VII, ¿á donde llegarán los desengaños, que arrancan de sa alma tan penosa determinación?»

El antiguo redactor de *La Esperanza*, suponiendo, lo que nosotros no podemos conceder, que el partido carlista ha sido el representante de la legitimidad monárquica en España, concluye diciéndo que este derecho también caduca y que el que le pierde, le pierde para si y para todos sus sucesores.

Es verdad, y sino, dígalo el conde de Chambord en Francia. Allí se ha perdido la legitimidad por la obstinacion con que se ha querido unir este principio á una causa que está muerta en la opinion y que no puede ya revivir.

Véanse ahora las importantes lineas que publica *La Epoca* al insertar el manifiesto de Cabrera que al pie de ellas hallarán tambien nuestros lectores:

Los periódicos de Paris nos traen los importantes documentos cuya publicacion, aun mutilada y desfigurada por *El Univers*, ha producido grandísima sensacion en Paris y la producirá en España y en Europa.

El general ilustre que en la guerra de los siete años tanto hizo por el triunfo del carlismo; el que se ha opuesto siempre á que este se divorcie de la causa de los progresos modernos; el que contribuyendo generosamente con su peculio en favor de sus correligionarios jamás consintió, despues de retirado á Francia y vecindado en Inglaterra, que su nombre fuera ensaña de discordia y motivo de nuevas luchas en nuestra infuortunada nacion; Cabrera, en fin, cuya reputacion es europea, figurando como un héroe legendario de nuestras contiendas civiles, ha escuchado la voz de su patriotismo, tanto mas fuerte cuanto mas distante se hallaba de su patria, y concebido el propósito de arrojarse en medio de los combatientes para restablecer la paz suspirada, ó por lo menos para no ser cómplice de la insensata politica de destruccion realizada por su antiguo partido.

Un periódico tan importante como *La Liberté* y tan poco sospechoso para las ideas liberales, dá cuenta de este suceso en términos que reproduciriamos de buena gana, si no creyéramos que también había inexactitud en sus noticias. Calmen, pues, un poco su impacencia pñestros lectores, tengán por inexactas las estipulaciones echadas á volar con intencion maligna por *El Univers*: la verdad será pública á su tiempo, y se sabrá que tanto el general Cabrera como el gobierno de S. M. Don Alfonso XII, han procedido con el mas recto é ilustrado patriotismo; sin que haya concesiones humillantes ni depresivas. Cuando esas condiciones puedan ser públicas, nuestros lectores las conocerán, y estamos seguros de que merecerán el aplauso de todas las personas de corazon recto, interesadas en el decoro del gobierno constituido y anhelosas al mismo tiempo de que los desastres de la guerra civil tengán su término.

Al publicar las concesiones hechas por el gobierno de S. M., que no son las anunciadas por *El Univers*, pero que muchos cuerpos carlistas conocen ya, haremos pública tambien tal como fué escrita en su original la proclama de Cabrera, aunque ahora nos anticipemos á traducir algunos de sus párrafos principales para satisfacer la curiosidad del público:

AL PARTIDO CARLISTA.

Debo y deseo explicar á mi partido el

acto voluntario, espontáneo y patriótico que acabo de realizar, reconociendo por rey de España, á D. Alfonso XII, Colocado, como soldado, la lealtad ante todo, voy á hacerlo con entera franqueza.

Sería de mi parte inferir un insulto á mis amigos fieles, á mis compañeros, á mis hermanos; sería hacerme una injusticia á mi propio protestar de la pureza de mis intenciones y de la nobleza de mis sentimientos.

«Dios, patria y rey», dice nuestra bandera. Dios primero, luego la patria, y por último el rey. Olvidar á Dios, destruir su patria por un rey, es hacer pedazos nuestra bandera. No haré yo eso: como católico, como español, no puedo hacerlo, porque la religion y la patria reclaman imperiosamente la paz, y porque la Providencia en sus altos designios lo exige. Por cima del deber de una consecuencia estéril está el deber de una abnegacion fecunda.

Cumplo ese deber con una convicción profunda y al aceptar un hecho consumado, al reconocer á D. Alfonso XII por rey, depongo en sus manos, para que la guarde y la honre, la bandera que he defendido siempre y que lleva inscritos los principios sagrados de nuestra causa. No escribiré aquí el capítulo de las faltas cometidas; no opondré á los insultos, á las calumnias, á las indignidades de que he sido objeto, amargas criticas ó acusaciones razonadas. En todo lo que pasa veo una desgracia; y mi corazon es demasiado noble para no respetar el infortunio de mi partido.

Las mismas causas que en 1839 y 1848 quebraron nuestros esfuerzos, han reaparecido en 1875. Debemos sostener siempre esa lucha sorda, mantener ese germen de discordia que condena á nuestra patria á un eterno martirio; Debemos predicar la caridad sobre cadáveres; Debemos fundar el orden sobre el desorden; Debemos edificar nuestros principios sobre las ruinas de un pueblo.

Nuestra causa ha contado siempre héroicos soldados, sublimes mártires, admirables sacrificios; ¿Por qué no hemos triunfado?

Permitidme guardar un respetuoso silencio. Bajo mi palabra de caballero y de soldado, creedme; conozco las causas de ese fracaso, y porque las conozco y amo á mi patria, doy este paso con la intencion de salvar los principios que he defendido siempre, que quiero defender todavía y que espero me ayudareis á defender en un terreno noble, generoso y fecundo; en el que estaré á vuestro lado y en que moriré, si Dios oye mis ruegos, despues de haber obtenido para vosotros la admiracion de vuestros mismos enemigos.

Yo he estado dispuesto siempre á marchar á vuestro lado y á darne todo entero á vosotros. No se han querido ni mis consejos ni mi persona. Lejos de vosotros, en mi retiro, os he seguido paso á paso, he visto vuestros sacrificios, y mi corazon estaba en medio de vosotros. Al respetar la voluntad de Dios, deploraba la ceguedad que hacia frustrar vuestros esfuerzos.

Hubiera deseado que la Providencia os favoreciese. En cuanto á mi he cumplido siempre mi deber, indicando los peligros, dando los consejos á que me obligaban mi edad y mi historia.

La sangre generosa de nuestros soldados se gasta en combates gloriosos, pero estériles. El país, que conoce su valor y su heroismo, aguarda, pero en vano, la mejor explicacion sobre la politica de los hombres que los dirigen. Tenemos en frente de nosotros á la Europa liberal, y nada se ha hecho hasta aquí para asociar á nuestra causa los elementos asimilables que ella encierra. Somos católicos y hemos obtenido sin duda alguna la bendicion del jefe de la Iglesia.

En esta situacion, la guerra podria prolongarse aun muchos años; pero al fin, aun cuando tuviésemos asegurado el triunfo, no levantaríamos nuestra bandera mas que sobre un monton de ruinas.

Es esta una verdad dolorosa; pero es, sin embargo, una verdad.

D. Alfonso, colocado sobre el tronco por circunstancias providenciales, y á

quien su error no hace responsable de funestos errores, ha expresado un deseo que forma su grandeza: la paz. Los hombres de su partido le han secundado. Unos y otros, llenos de admiracion por vuestras virtudes y haciendo justicia á vuestra lealtad, han creído que era tiempo de terminar la lucha, dando pruebas de una gran abnegacion y un grau espíritu de justicia.

He sido informado de esos nobles proyectos, y yo, que podia dejar en el abandono á los que me habian abandonado, he querido hacer un gran sacrificio y dar ejemplo á todos.

Creo que el partido carlista, despues de haberme oído, tendrá la cordura y la justa apreciacion necesarias para formar un juicio equitativo de mi conducta, porque si hasta aquí he llevado la abnegacion hasta sufrir en silencio los ataques y las calumnias, ¿deberes mas imperiosos que los de la prudencia me obligarian á hacer revelaciones que vale mas, por el honor de la historia, sepultar en un generoso olvido.

Apelo á vuestra razon y á vuestros sentimientos al exponeros lealmente mi resolucio. Si la admitis, hareis una gran cosa, porque obedecereis á la voz del patriotismo que coloca la paz sobre todo. Si no, nuestra bandera será desgarrada; vosotros os quedareis con el rey; yo me pondré del lado de Dios y de la patria. — Ramon Cabrera.»

Ignórase el fundamento que tengan las desconfianzas que los carlistas muestran hacia los principales jefes que mandan las facciones de Valencia, Aragon y Cataluña. El periódico carlista que se imprime en San Juan de las Abadesas ha publicado una real orden disponiendo quede sin efecto el nombramiento de capitán general del Principado, hecho por D. Carlos á favor del titulado general D. Antonio Lizárraga, con mandato de que se presente el exonerado jefe en el cuartel real del Pretendiente con toda perentoriedad. A Dorregaray, por otra parte, se echa la responsabilidad de la derrota que la brigada Morales Reina hizo sufrir á los carlistas en la Cenia, por no haber aquel acudido con cuatro batallones para copar las fuerzas de nuestro ejército, segun dicen que tenia ofrecido. Por último, los carlistas de Aragon acusan tambien á Boet de que nada hace por organizar los elementos de guerra de que dispone.

Dos personajes carlistas, que han figurado mucho cerca del Pretendiente, han reconocido ya al rey legítimo de España D. Alfonso XII, como están dispuestos á hacerlo otros de sus correligionarios.

Nos referimos al señor duque de la Roca, que se disponia á regresar á España, y á su hijo el marqués de Sofragal.

Tambien se habla del reconocimiento hecho por el general Elio, á quien obligaban sus antecedentes.

Leemos en *La Correspondencia*:

«El Sr. Castelar, que habia presentado la renuncia de su cátedra el día 30 de Diciembre en manos del último ministro de Fomento, y que, á ruegos de varios compañeros, la habia suspedido, ha vuelto á reterarla y hoy mismo se la ha dirigido oficialmente al señor rector de la Universidad central.»

El Sr. Castelar ha obrado como de su delicadeza debia esperarse. No habiendo asistido á su cátedra desde la revolucion mas que una ó dos veces, y retiradas por el señor ministro de Fomento las licencias que abusivamente han disfrutado los profesores por tiempo indeterminado, era natural que si el Sr. Castelar ha de realizar sus proyectos de

